



Rosario Robles

La nueva república

Mucho se habla en estos días de realizar los grandes cambios que México requiere, justo en el contexto de la conmemoración del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución. No obstante, el discurso (plausible desde luego) no es congruente con los hechos, con los actos, con las propuestas que responden más a corto plazo que a una visión de futuro y a la necesidad de formular un nuevo pacto social que le dé forma a la nación del siglo veintiuno que se quiere construir. Se habla de la generación del cambio, de la importancia de emular a los héroes que nos dieron patria, pero se olvida en mucho que esos dos grandes movimientos sociales, esas dos grandes revoluciones, tuvieron un componente fundamental: su carácter popular. Es decir, el cambio no sólo vino de arriba. Desde luego que se trató de hombres y mujeres cuyo liderazgo y perspectiva fueron indispensables para lograr una nación independiente y, en el caso de la Revolución, sentar las bases del estado moderno. Pero sus objetivos tal vez se hubieran quedado cortos si el pueblo no hubiera sido el protagonista principal de estas dos gestas históricas. Un pueblo hambriento, hartó

de los privilegios de unos cuantos y de gobiernos rapaces, cansado del despojo de sus tierras, humillado por la esclavitud o el peonaje, sometido por gobiernos autoritarios y que estaban muy lejos de representarlo. Un pueblo que se colocó en esos dos momentos históricos como el fundamento real de la sociedad. Como el único soberano. De ahí, el carácter liberal de los decretos de Hidalgo, que abrogaron los lesivos tributos, eliminaron la distinción de castas y establecieron la abolición de la esclavitud. De ahí, Morelos y sus *Sentimientos de la Nación* que pugnaron porque las leyes moderaran la opulencia y la indigencia. De ahí también la Constitución de Apatzingán (ya

influida de alguna manera por las constituciones francesas de 1793 y 1795), en la que con toda claridad se estableció que la soberanía reside originariamente en el pueblo y que la felicidad consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad. Lo mismo pasó con la Revolución mexicana. La irrupción popular obligó a que la Constitución de 1917 tuviera un componente social e igualitario de gran magnitud. Dos momentos fundacionales en los

que se logran consolidar cambios trascendentales.

Por eso, en este preámbulo de 2010, y dadas las circunstancias del país, no se trata simplemente de discursos o de apagar las velitas del pastel. Se requiere mucho más que eso. Para empezar es necesario recuperar la República, pero no como una postura de dientes hacia afuera, sino con la convicción de que sólo lo puede ser en la medida que se trate de una República de iguales en la que resulten ofensivas las actuales disparidades sociales. Fortalecerla a partir de la defensa de su carácter laico y de la primacía de lo público (entendido como interés nacional) por encima de cualquier poder fáctico o interés privado. Revestirla de una visión moderna, equitativa, en la que todos quepan, independientemente del género, del color de la piel, de la preferencia sexual, de la creencia religiosa. Consolidar el nuevo pacto social que dé respuesta a las asignaturas pendientes pero que, a la vez, incorpore soluciones a los nuevos retos de un país en el que poco a poco se ha minado al Estado y se le ha conculcado su responsabilidad social. Este cambio no puede venir de la clase política tradicional. No tiene la capacidad ni la visión para encabezarlo. Tienen que surgir nuevos liderazgos, pero sobre todo debe venir de abajo. Los grandes momentos de la historia han demostrado (incluida la Reforma) que la dimensión, la trascendencia, el



Fecha 19.09.2009	Sección Opinión	Página 12
----------------------------	---------------------------	---------------------

alcance de las transformaciones dependen de la presencia popular. Toca entonces el turno a los ciudadanos.

La responsabilidad hay que tomarla en nuestras manos. De nosotros depende que el bicentenario y el centenario no se queden en meros festejos o simples cambios de piel.

Ser... o neceser

Cuauhtémoc Cárdenas fue el primer gobernante (en la ciudad y en el país) que

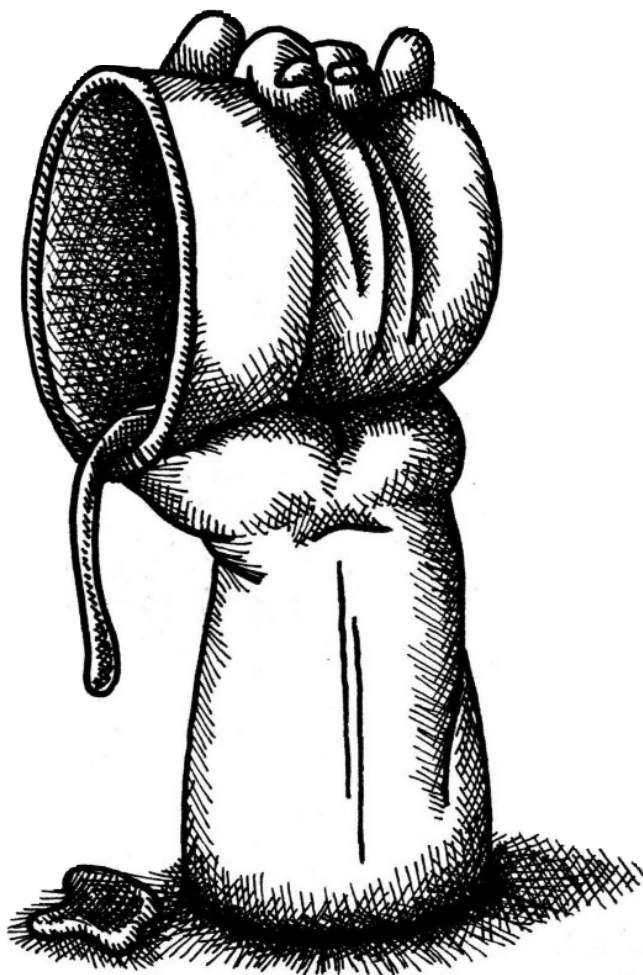
escuchó posicionamientos de la oposición y se sometió a sus preguntas. Así continuó el ritual durante años.

En este tercer informe de Ebrard se eliminaron las preguntas y con ello se regresó al pasado que tanto combatió el PRD. ■

robles@milendiario.com.mx

**En la
Independencia y en
la Revolución,**

el cambio no sólo vino de arriba. Sus objetivos tal vez se hubieran quedado cortos si el pueblo no hubiera sido el protagonista principal



LUIS MIGUEL MORALES